

La sui géneris Carilda Oliver Labra

Leonel Maza
Lourdes Castellón

Investigadores

Conocer a Carilda Oliver Labra, una poetisa cautivadora, fue para nosotros un acto personal, íntimo, que nos permitió descubrir en sus versos y testimonios sus más apasionados encantos de amor, de locura, y fidelidad a todo lo que ama.

En aquellas primeras visitas fuimos adentrándonos en su mundo poético ayudados por ella, quien nos facilitó muchos de sus libros, los cuales estudiamos con interés y devoción para volver siempre al siguiente encuentro con nuevas y cada vez más osadas preguntas, que facilitaban el intercambio de momentos importantes de la *sui géneris* Carilda y desentrañar algunas de sus intimidades guardadas por muchos años, ya fueran de su labor intelectual o personal.

Este trabajo es parte del proyecto de un libro que recogerá algunos pasajes de la poetisa, sobre todo en la última etapa, es decir a partir de contraer matrimonio con el poeta Raidel Hernández, el 27 de febrero de 1992, él con veinte años y ella con 69, y el cual abarcará no sólo su producción literaria sino los más recientes sentimientos que han marcado su vida personal y como creadora.

Nace una poetisa

Su primer trabajo apareció en el periódico *El Mundo*, en La Habana. El 24 de junio de 1939 le escribe a Mabadeli, seudónimo de María Borillos de Linares, persona encargada de la página infantil que se publicaba los domingos y le envía los poemas “Madrecita del alma” y “Canto a la naturaleza”, que son aceptados, y comienza a laborar así como colaboradora con el anagrama de nombre Claribel Darío. El 2 de julio le envía a Mabadeli un dibujo en tinta china dedicado a Raúl González de Cascorro, uno de sus colegas de la página, y adjunto un poema muy romántico bajo el título de “Ensueños en el anochecer”, dedicado a la gentil Elsa Torismo, el cual el 3 de septiembre es publicado, una sorpresa que la conmueve, la alegra y se convierte en un motor impulsor para seguir creando.

El 23 de agosto, en misiva a la directora, da las gracias por la acogida de sus trabajos. Sólo tenía diecisiete años, pero ya demostraba talento y carisma en varias facetas del arte. En esta ocasión envía un cuento dedicado a Yiyí Soler titulado “La buena acción de Raúl”. El 13 de septiembre le manda a Mabadeli su segundo cuento, “Rosalinda y Marta”, como un regalo a Marta Vignier, y el 17 publican “Madrecita del alma”. De este poema nos comentó: “En él he tratado de explicar los dulces sentimientos que mi buena madrecita me inspiraba”. Como podemos apreciar, septiembre fue un mes de fortuna y traza el comienzo de la joven escritora. Estos “poemitas”, como Carilda los llama, en su momento marcaron el destino de su obra, aunque

alguien pudiera valorarlos como cursis sin tener en cuenta la corriente poética de ese período.

Continúa la escritora incursionando en nuevas líneas, y el 13 de octubre envía un crucigrama para Luis Méndez y un artículo nombrado “Guerra”, donde Carilda incursiona en nuevos temas.

Ese propio mes recibe la noticia de que le han concedido la “Mención Honorífica” por su poema “Ensueños en el anochecer”.

Aparece su primer libro en 1943, *Preludio lírico*, con poemas escritos entre 1939 y 1942, obra con la cual se encuentra inconforme ahora. Su tirada fue de 300 ejemplares, pagados por su padre, el doctor Pedro Oliver, publicados en el establecimiento tipográfico Casa y Mercado, imprenta y librería de Matanzas. Con sólo veinte años de edad dicha publicación fue un reto, un premio que le permitió dejar su impronta en el mundo complejo de la poesía. Desde entonces su producción literaria comprende más de veinte libros.

Carilda ha estado envuelta en ese mágico mundo del amor y la poesía conocido por sus amigos y por otros cuya imaginación los lleva a crear fábulas alrededor de su vida. Su propia vivienda es una leyenda, pero a la vez ha sido un sitio añorado y obligado para poetas, periodistas, investigadores y otros personajes, todos con un mismo objetivo: descifrar lo que atesora su interior.

Su biblioteca conserva cientos de libros envejecidos por el tiempo, y las grandes habitaciones están llenas de recuerdos de su niñez, adolescencia y juventud y, sobre todo, de una gran ex-



periencia acumulada en su andar por la vida no sólo como poetisa, sino como profesora o abogada.

En cada pedacito de su morada se puede percibir el eco de grandes historias: sus paredes, sus objetos personales, muebles y plantas ornamentales parecen hablar para recordar el pasado, son testigos silenciosos, sublimes, que ofrecen al visitante una bienvenida calurosa para hacerlos cómplices en noches y madrugadas que se hacen más largas y amorosas entre relatos y el perfume que emanan sus jazmines y damas de noche; ahí la poetisa y su poeta esposo dejan pasar las horas como las sílabas de sus versos.

Carilda tiene el encanto de atrapar con su poesía, pero si además se logra cultivar su amistad se gana el otro lado hermoso del amor: su generosidad.

El tratar de conocer fuera de los libros a sus autores a veces nos trae sorpresas, algunas tan cotidianas que resultan inimaginables en personas que no tienen una vida pública como

ellos. Pero cuando se consigue procesar el material humano de una mujer que con sólo escuchar su nombre nos da la poesía, Carilda Oliver Labra, podemos ver una palma hecha mujer, una mariposa que regala su olor, su poesía, sus colores preñados de bondad, su escudo, su cubanía, todo lo cual puede observarse en la siguiente entrevista efectuada a finales del año 2007:

¿Carilda, quién despertó en usted el amor por la poesía?

Habría sido Dios, no recuerdo a nadie que me haya hablado del género, empecé muy temprano, alrededor de los nueve años.

¿Su madre fue su confidente, su crítico mayor?

No ciertamente, ella [Carilda Labrada] lo supo cuando me sorprendió escribiendo algunos versos, pero seguí escondiéndoselos, me parecía algo delictivo, se iban a reír de mí, pensarían que era un romanticismo, una simpleza. Aunque en aquella época se amaba mucho la poesía, yo no tenía un ambiente como tal. [Sin embargo], mi abuelo materno, Alfonso, fue poeta, pero no lo conocí, mi abuela Mercedes gustaba de la poesía, mi madre también hacía versos, pero nunca lo dijo hasta que cumplió ochenta años.

¿Cuando su padre conoció la noticia, qué dijo de su niña poetisa?

No recuerdo, pero sí sucedió algo cuando tenía yo seis años. Mi madre a espaldas de él, me enseñó, por el método musical de Falcón, algunas piezas. El día del cumpleaños de mi padre, el 29 de junio, cuando ellos desayunaban me senté al piano y me puse a tocar la pieza; estaba muy emocionada, nerviosa, pues sabía que le iba a dar una

conmovedora sorpresa, y él le preguntó a mamá: “¿Pero quién toca el piano?”, y ella le dijo: “Vamos a ver”. Se hizo la asombrada, yo estaba terminando la pieza y mis lágrimas caían sobre las teclas.

Desde muy joven los poetas que le gustaban eran Gustavo Adolfo Bécquer, José Martí, José María Heredia, Gabriela Mistral. En su primer libro, Preludio lírico, escrito en su adolescencia, ¿había influencia de Bécquer?

Realmente no sé, Bécquer fue tal vez el primer autor que leí. En *Preludio lírico* hay algunas estrofas que le recuerdan, aunque desde luego no asuman las maravillas de él. También me gustó mucho Heredia con su poesía patriótica, tuvo cierta influencia en mí.

Le gustan los sonetos en la poesía que escribe, ¿por qué?

Me nacen con mucha naturalidad, sé que hay temas que deben ir en verso libre y por eso he procurado escribir las elegías.

Para la poetisa, ¿qué es el éxito?

No sé si he llegado al éxito. He tenido relativa fortuna en mi patria, soy querida, apreciada, lo cual me ayuda muchísimo a vivir, pero no sé si eso es el éxito, es una palabra afilada.

¿Cuál es la poesía que le gustaría escribir?

Una poesía que no fuera superficial, que conmoviera, que fuera humana, que tuviera mucho espíritu, que llegase a la gente. Tengo algunas tristes y otras que pudiéramos decir epidérmicas, pero no me parece que he cumplido con el verdadero don, y no es una modestia hipócrita, es sencillamente lo que siento, lo que pienso.

¿Cuando escribe, cómo lo hace?

Siempre lo hago directamente a la máquina, me resulta más fácil, pero ahora estoy pensando mucho, no estoy haciendo nada, tengo algunas entrevistas por contestar y sigo soñando; la vida es un sueño.

¿Al comenzar a escribir tiene el título de antemano?

No, el título nunca lo tomo en cuenta, a veces es lo último que aparece y otras ni aparece. Es muy difícil titular una obra, parto de una frase, idea poética, o de un verso que se me ocurre caminando por las calles, en el cine, hablando con una persona, es posible que hasta leyendo un libro, o conmoviéndome por una contingencia humana.

¿Ha escrito por encargo algún poema?

Nunca, porque en eso me parece que hay que ser sincera. Te pongo un ejemplo: cuando presenté en la UNEAC [Unión de Escritores y Artistas de Cuba] el libro *Desaparece el polvo*, llevaba el título de “La ciega y sus espejuelos”. Al editor, Miguel Barnet, poeta y narrador, no le pareció bien, y me pidió cambiarlo; le dije que sugiriera algo, y me sugirió el de un poema incluido en este libro; el otro caso fue con Rafael Alcides, quien prologó el antes denominado “Discurso de Eva” y propuso que este debía llamarse *Tirry81*, porque era la historia de mi vida, y lo complací. Por cierto, fue muy exitoso, aunque antes no lo estimé así. Después sí resultó el título *Discurso de Eva* para un libro editado en España.

¿En qué lugar y a qué hora le nace la poesía?

En cualquier lugar, pero que no sea fuera de Matanzas, a cualquiera hora, pero preferentemente por la noche.

¿En la ciudad de Matanzas hay algún lugar relacionado con su obra de poetisa y mujer?

No sé, amo mucho el río San Juan, he paseado por su margen y desde el puente lo miro; está bastante vinculado conmigo. Soy muy contemplativa, recuerdo a nuestro José Jacinto Milanés que le escribió a ese río su famoso poema “De codos en el puente”. José María Heredia en el tiempo que estuvo en la ciudad, dijo que era un río legendario, sereno, sencillo, no es como el Canímar, majestuoso, es un río pobre, un pobre río.

¿La juventud es la fuente donde se alimenta su poesía?

No exactamente, posiblemente pueda beber en personas más adultas, maduras o que están en camino de la vejez, porque realmente es un drama que ya uno va viviendo de cerca, pudiera ser eso una fuente, pero indudablemente la juventud a todos los efectos es poderosa, lo llena a uno de energía, es una fuente, desde luego, pero no la única.

En 1984 publicó un nuevo libro titulado Se me ha perdido un hombre, ¿encontró ese hombre?

Ese hombre era mi esposo, hacía un año que había muerto, Félix Pons Cuesta se me había perdido físicamente nada más, porque espiritualmente no.

¿Por qué en su poesía con frecuencia está reflejada su soledad?

Indudablemente estamos solos siempre, esto parece un disparate o una contradicción, hay una zona que nadie puede penetrar..., puedo estar pintando, admirando la obra de un pintor,

leyendo un buen o mal libro, viendo una película, escuchando a un ser humano contando sus dichas, esto me sucede porque tengo el don de escuchar, he sido abogada y esto me ha dado ciertas virtudes, pero en sentido general siempre estoy sola.

¿Llegó a vincular sus vivencias como abogada con la poesía que escribe?

No, la carrera de abogada me dio la oportunidad de servirles a muchas personas, me especialicé en divorcios y pude hacer mucho bien, rescatar a parejas de la discordia; ejercí el derecho durante treinta y dos años.

¿Le pone música a sus poemas?

No, sé que mi poesía es musical, nace así, tiene cierta eufonía, me parece que es muy difícil, aunque uno mismo lo haga. Las canciones pueden o no lindar con la poesía. A pesar de que mi verso es generalmente rítmico, es difícil de volver un todo con la música.

Los puntos cardinales tienen influencia en su obra, ¿Al sur de mi garganta fue un título a propósito?

Era un título difícil de conseguir, empezaba yo como aquel que dice; es el verso final de un poema “por lo que traigo al sur de mi garganta”. Sin darme cuenta, leyendo, me pareció bueno y se lo puse al libro.

Su creación ha sido incluida en antologías de viejos y nuevos poetas, ¿con cuál de ellos se identifica?

Una zona de mi poesía puede representarme, tal vez, con cierta madurez y en una edad más avanzada, la que ama la gente es la más joven, me da lo mismo que me pongan en una que en otra, lo importante es que no me olviden.

Carilda, si me permite, deseo analizar con usted un poema dedicado a Raidel que se titula “Tinta de locura”.

*Apenas te prendes de mi seno
no sé si amamanto a un hijo o a un
[amante;*

*no sé si el mundo está dando vueltas,
si soy miserable o reina.*

*Cuando cierro sobre ti como una
puerta trágica*

tú crees que amaneció,

yo, en cambio,

*descubro que estamos tentando los
[infiernos,*

*que eso que gorjea celebrándonos
es un ave siniestra,*

*que tanta luz presagia al rayo, sé
sordo, mudo, ciego.*

*Mátate esos labios en los que estoy
[resucitando,*

córtate esas manos;

no me claves.

*Sólo puedes perder lo que no
tienes.*

Lo escribí cuando aún no estábamos casados, ese poema está muy interesante desde el punto de vista psicológico, por favor ¿usted me lo deja leer para llegar a un análisis?

*Apenas te prendes de mi seno,/ no
sé si amamanto a un hijo o me des-
quicia un amante;*

Lo del hijo, lo del amante hay que ver lo que experimenta la poetisa, ahí hay una duda, está el hombre que en determinado momento se siente como hijo, entonces está esa dualidad que experimenta ella, en este caso es suficientemente sincera como para confesarlo.

¿En ese verso está contribuyendo a que él sienta temor de perderla?

No, porque el hijo es lo más grande y el amor superior, ahí no hay ningún rechazo, hay un estudio; en todo caso la insegura soy yo.

No sé si el mundo está dando vueltas,/ si soy miserable o reina.

Ahí también están los complejos que la gente nos crea, hablando vulgarmente: como si fuera una demasiado madura y no pueda pretender a un joven. Me siento amada en este momento y a la vez amo, es por ello que me están prejuzgando, acosando; dicen que no tengo derecho a él; que es simplemente un explotador que ha llegado a mi vida para ver lo que obtiene. Estoy doblemente ofendida, me están diciendo que no tengo ningún encanto para seducir a un hombre y además que permito que se burlen de mí.

Cuando cierro sobre ti como una puerta trágica –fíjese, aquí todo es como un imposible.

Tú crees que amaneció –es decir, él está inocente, todavía es crédulo, esperanzado.

Yo, en cambio, descubro que estamos tentando los infiernos –como ve soy la que lleva la peor parte, él está inocente, pero yo sí estoy pensando, y esto él me lo ha echado en cara muchas veces; no lo del poema sino cuando hemos tenido disgustos me ha dicho que la culpa es mía porque yo sí conocía la vida y él estaba inexperto. Aquí lo dije en estos versos. Es verdad que él desconocía los problemas que iba a tener al enfrentar una sociedad por unirse a una mujer mayor. Toda una transgresión a un prejuicio.

Que eso que gorjea celebrándonos es un ave siniestra, /que tanta luz presagia el rayo...

La poetisa lo intuye, ahí está el desastre, y sin embargo me caso con él, lo quiero. Mi mente me está diciendo “eso va a terminar mal porque es un muchacho, no te va a entender, necesita otra vida, otra mujer”. Él me ha acusado, no por herirme, pero sí con espontaneidad de que yo sí sabía, a pesar de que lo digo aquí, esto es la conciencia de la poetisa, y si llego a saber que le hago daño, renuncio.

Usted acaba de censurarse con la disyuntiva de ser mayor que su esposo Raidel, ¿pero él lo asumió?

Yo también lo asumí, pensé que íbamos a ser desdichados, pero que nunca habría tanta censura; después de todo le estoy mandando a irse. “*Sé sordo, mudo, ciego...*”, le estoy diciendo que no vea nada de lo que está pasando, de los peligros que hay. Este poema tiene una tesis muy interesante, femenina compleja; me encanta este poema.

Mátate esos labios en los que estoy resucitando, –le estoy diciendo que él es la vida para mí, pero que deje de serlo.

Córtate esas manos; no me claves –quiero decirle que sea mi tormento, que no ejerza el poder del amor.

Sólo puedes perder lo que no tienes –todavía el amor no se ha consumado, falta mucho, estamos empezando. Después de varios años se destruyeron cosas sobre todo ciertos lazos espirituales que son más dolorosos, el sexo no tiene suma importancia, aunque la tenía en ese momento, la alianza espiritual es la más honda.

La poesía erótica casi siempre está presente en su obra, ¿en qué se inspira?

En el amor, en determinados pasajes de mi vida, en los seres humanos.

¿Qué es para usted en sentido general el erotismo?

Eso es difícil de decir, ni los filósofos lo han definido, el erotismo tiene que ver con el amor, también es el amor más refinado, es alabar con amor, pero no tenemos eso, por lo menos los latinos son muy dados a practicarlo en su esencia y olvidarse de esa píldora dorada que es el amor. En el erotismo hay deseo, posiblemente puede existir sin amor, es una saltación de los sentidos, son refinamientos de determinadas sensibilidades, a veces es un empobrecimiento, un mal gusto o una aberración, todo depende del momento, de la afinidad de las personas entre sí, del grado de hechizo que haya, existe deslumbramiento, está santificado.

¿Ha pensado en retirarse de los compromisos sociales y dedicarse más a la poesía?

Hay actividades a las que nunca debí asistir, ya que ocupan bastante tiempo; no conducen a nada y son inútiles. La poesía es un género difícil, hay actos a los que asisto y la gente no entiende lo que digo, aunque hable con claridad, pero no puedo dejar la vida pública porque existen lugares donde me siento bien y nos piden apoyo. Puede ser muy útil desde el punto de vista social y hasta individual. Desde luego, no puedo hacer el cúmulo de actividades que se me solicitan porque entonces no podría escribir ni desarrollar mi vida familiar.

Los senos, como fuente de alimentación y belleza de la mujer, ¿qué importancia tienen en su obra?

En el poema “Me desordeno, amor, me desordeno” digo: “Te toco con la punta de mis senos”, sin embargo, no lo escribí intencionalmente, es una cosa que no sé ni cómo nació, quizás viene traída por la rima. El seno para las mujeres tiene una representación que es la más importante, la maternidad, imáginese, es el sustento del ser humano, su primera alimentación. Desde el punto de vista plástico soy dibujante, creo que es un atributo de mucho encanto si está bien hecho, es muy difícil encontrar un seno perfecto o casi perfecto.

¿Cómo fue el encuentro con Ernest Hemingway, qué sucedió el 15 de febrero de 1957?

Fue un encuentro oficial. Lo conocí por su obra, era un escritor famoso que admiraba; venía en el *Ile de France*, un barco que hizo escala en Matanzas. Las autoridades quisieron distinguirlo con la entrega de la llave de la ciudad y me encomendaron ese empeño en el Muelle Real. El escritor bajó solo, le entregué la llave hecha de acero níquel, en un estuche que no tenía calidad, me dio pena entregársela. Yo tenía escrita una cuartilla en inglés, no me di cuenta de que él sabía bastante español, se la leí y cuando terminé me dijo muy graciosamente en español: “No necesitaba de esa llavecita para abrirme el corazón”, frase simpática, porque era una llavona, o sea, una llave grande, vulgar y nada artística.

¿Le llegó a abrir el corazón a Hemingway?

No sé, a él cualquiera le abría el corazón, amaba mucho a Cuba y los

cubanos; me dijo que conocía mi “Canto a la bandera...” y unos poemas de *Al sur de mi garganta...*

¿Concluida la ceremonia la invitó a pasear en el yate?

Sí, me invitó. No debía haber aceptado de acuerdo con los prejuicios de la época. Solamente iban él y tres o cuatro hombres más, no había ninguna mujer, pero Hemingway era un hombre de apariencia respetable, de gran envergadura espiritual, lo admiraba, no había ningún asomo de conquista. Salimos en el yate, me preguntó si había pescado alguna vez, y le dije “¿cómo voy a sacar un pez del agua para provocar su muerte?”. Se rió mucho y me besó la mano, ese fue el acercamiento más íntimo que hubo entre ambos, se conmovió con mi ternura y no pescó. En el yate había bebida, prepararon high balls, aunque no bebí, sólo agua mineral. Luego regresamos al muelle, alquiló un taxi y me trajo a mi casa. Eso dio lugar a una serie de comentarios y anécdotas absurdas, sólo hubo las galanterías propias de un encuentro entre un hombre y una mujer, no existió una palabra donjuanesca, simplemente que había alabado mis ojos en presencia de los periodistas.

¿En qué idioma se comunicaron durante el paseo?

Mezclaba los dos idiomas para hablar con migo, en inglés con las demás personas.

¿Mantuvo correspondencia con Hemingway?

Nunca, me dio su tarjeta y me invitó a su casa en la Finca Vigía, La Habana, para que pasara una semana con él y su esposa.

¿Asistió a la invitación?

No fui porque era muy tímida. Lo conocía poco, no había esa costumbre en mi familia, no éramos de la aristocracia que invitan personalidades a su casa. Relaté muy brevemente el asunto y nada más, no les conté que había subido al yate porque podían enojarse.

¿Ha estudiado su obra y su vida?

He leído una biografía y algunas obras, también he visto algunas películas basadas en su literatura que dejan mucho que desear. He leído dos o tres veces *El viejo y el mar*, que es una obra suya muy ponderada.

¿En el paseo le habló de su poesía, leyó algún poema?

No hablé nada de mí, la conversación no fue nada íntima, hablamos de literatura, de Cuba, de su amor al deporte, de su viaje al África, cosas que le pregunté. No sabía de qué hablar, eso también me pasó con Gabriela Mistral, Neruda, García Márquez. Son gente eminente que respetamos y una no tiene tema de conversación, esperamos que inicien el diálogo y lo dirijan.

¿De ese encuentro surgió una amistad?

No, años después nos encontramos accidentalmente en el Floridita. Él estaba con dos amigos y yo con una pareja amiga, enseguida me reconoció y me saludó. Era una persona que no olvidaba las caras y me dijo que no había acudido a la invitación, la ratificó; le di una excusa y me invitó a un trago con sus compañeros. Tampoco hablamos en particular, había muchas personas presentes y yo me retiré primero. Esas fueron las dos veces que lo vi.

¿Qué recuerdo guarda del poeta español Rafael Alberti en la década del sesenta?

Un recuerdo muy grato, era un hombre encantador, vino con su mujer María Teresa León, muy inteligente, escritora. Los trajo Nicolás Guillén, fuimos a la cooperativa Cuba Libre, que está cerca de Jovellanos, estuvimos allí cortando caña. Alberti nunca la había visto, recuerdo que cortó un trozo y la peló, se la metió en la boca, miró a Guillén y le dijo: “¿Nicolás, esto es así?”. Este le respondió: “Así mismo”. Nicolás era maldito, Rafael se atoró, enseguida se la sacó de la boca y nos reímos mucho. En el viaje de regreso me dibujó en la mano un cachalote con un bolígrafo, era magnífico dibujante. Lo pasamos muy bien.

¿Cuándo escribió el soneto “Dicen que te cortaron esas manos” dedicado al Che?

[En 1969]. Lo vi una vez, fue en el hotel Habana Libre, en el elevador, entró en el tercer piso, iba con su boina, era muy joven, fue al principio de la Revolución; me quedé mirándole, presentía que era una oportunidad única, él desde luego sabía que aquella mujer lo miraba. Cuando me fui a bajar, lo miré y le sonreí, él se tocó la boina en un saludo, lo sigo viendo así sonriendo y tocándose su boina.

¿Ha hecho un mano a mano en controversia con otro poeta, además de Guillén, le gusta el género?

Sí, también con el Indio Naborí y Raúl Luis. Me gusta, pero no tengo el don de la improvisación, tengo que escribirla, hacerla delante de un público. Me atrae mucho la décima y he tenido mis encuentros con decimistas guajiros.

Recientemente escribió el prólogo a un libro del poeta José Ángel Buesa, ¿pagaba alguna deuda con ese gesto?

No creo que pagara ninguna deuda con este gesto. José Ángel Buesa era buen amigo, gentil, generoso; siempre se preocupaba por los jóvenes poetas. Cuando estaba en la cúspide de la fama en Cuba, él tuvo una actitud de protección a una poetisa como yo: me presentó al redactor de la revista *Poesía*, cuyo nombre era Augusto Casamayor, el cual había impreso algunos libros de Buesa y se interesó por publicar algo mío. Todo esto fue por el soneto “Me desordeno...”, lo leyó y pensó que podía explotarlo con sentido comercial.

Buesa hizo una antología de mis versos que se llamó *Antología de versos de amor*, esta no se publicó en el momento que hice contacto con él, pero ya estaba impresa al triunfar la Revolución. Recibí después una carta ordenada por el Che donde me explicaba que había un contrato y quería conversar sobre los derechos de autor, pues ese Ministerio de Industria había intervenido la editorial de Augusto Casamayor. Me recibió un funcionario, me explicó sobre el interés del Che, cómo me iba a facilitar el pago, que eran mil pesos, pues tenían interés en publicar el libro y venderlo en los estanquillos. Nadie estaba publicando, no había empezado la campaña editorial, los escritores daban sus derechos de autor para los damnificados del ciclón Flora. El funcionario me preguntó qué deseaba hacer y le explique que iba a donar los mil pesos. Se publicaron diez mil ejemplares y se vendieron a cincuenta centavos. Esta es la historia.

Casamayor antes de 1958 le había publicado al Indio Naborí, a Pura del Prado, a mí y a otros autores en su revista.

Hice el prólogo, pero no en pago a una deuda, sino por el cariño que le tenía a Buesa. Además no se había publicado nada más de su obra en Cuba, amaba tanto a su patria, era un poeta en toda la extensión de la palabra. Desde el punto de vista de su enorme popularidad, me parecía muy justo devolverle el nombre en Cuba, por muchos comentarios que hubiera nunca se manifestó contra la Revolución, simplemente se quedó afuera y cometió un error, inclusive intentó volver al año y recuperar su puesto, y según tengo entendido habló con gente mala con la que es difícil tratar, no eran dirigentes políticos, amistades que le aconsejaron negativamente, me llamó desde Nicaragua, y me dijo que no volvía porque estaba aconsejado de esa forma, le sugerí que no hiciera caso, que viniera, pues no iba a perder nada, pero me expresó que hacía un año y seis meses que estaba en el extranjero y que no iba a recuperar su trabajo. No se atrevió a volver, pero sé por algunos amigos que se pasó la vida suspirando por su patria.

¿Ser profesora de inglés le facilitó revisar las traducciones de su poesía a ese idioma?

Sí, aunque haber sido profesora de inglés fue casual. En los años sesenta hacían falta profesores y me trasladaron del aula de artes plásticas a la de inglés, pero la traducción de mi obra la hizo Margaret Randall hace algún tiempo en una antología de poetas cubanos que editó en Vancouver, Canadá,

y tradujo algunos poemas míos. En 1995 se publicó una edición bilingüe del libro *Desaparece el polvo* con una traducción en la que intervino Enildo García, un cubano y Daniele Gioseffi, italiana, y se presentó por primera vez en el centro de prensa de Nueva York. También en 1997, mi libro *Los huesos alumbrados* fue llevado al inglés.

Ejerció el periodismo sobre todo en la radio, ¿la censuraron alguna vez?

Nunca, siempre la radio ha sido conmigo muy generosa. He tenido distintos programas, compartí con Manolo Díaz del Castillo, él tenía un programa que se llamó “Instante con Carilda”, donde decía un poema y terminaba con un comentario cultural sobre lo que estaba sucediendo esa semana en Matanzas. Además he cooperado con diferentes emisoras de radio en Cuba, aunque en el periódico no lo hice cotidianamente, pero sí he colaborado mucho en la prensa más representativa del país y en revistas nacionales y extranjeras. También con muchos programas de televisión tanto en Cuba como en Venezuela, España y Bulgaria.

¿Qué le gusta de la radio?

En la radio hay que limitarse, no se puede hablar con entera libertad, ejemplo: si voy a decir un poema que exprese: “aunque me vuelva monja o me haga puta”, pues ese verso no lo puedo decir porque hay ciertos prejuicios; por lo demás me sentí bien en ella, aunque la hice muy poco por falta de tiempo.

¿Ha cambiado mucho su vida después de la publicación de Cinco noches con Carilda, de Vicente González Castro?

Los libros cuando son medio biográficos como este traen problemas

de los cuales no es responsable Vicente, sino que tal vez en alguna que otra anécdota fui indiscreta al relatar hechos de mi vida. Pensé que la buena fe salvaría cualquier error que pueda cometerse. En el libro hay cosas que no son exactamente así en sus detalles, a veces una simpleza trae un problema; la gente no perdona a quien no desea perdonar, no quiero decir que no estoy satisfecha con él, no fui suficientemente lúcida para relatar de una forma atractiva. Él hizo lo posible para que así fuera, estoy muy agradecida por la imagen que da de mí. Nunca quedamos complacidos con nosotros mismos.

¿Le gustó el título?

Tiene su picardía; fueron cinco noches que él vino a casa y realizó cinco entrevistas, él trabajó mucho; lo ha tomado con sentido malicioso, piensa que tiene un contenido malicioso, en definitiva el título es simpático.

¿Consideraciones de sus premios?

El máximo lo recibí en el 1997, el Premio Nacional de Literatura; since-

ramente me basta y lo agradezco infinitamente.

¿Le gustaría recibir premios internacionales como el Cervantes, el Nobel?

No pienso en eso porque no creo que mi obra lo merezca, y por otra parte sería sumamente difícil, es decir, hay elementos políticos de distintas naturalezas. Sé lo que representan esos premios y ni remotamente se me ocurre tener esa aspiración.

¿Su poesía es su hija?

No, mi poesía es mi madre.

De Carilda se han publicado entrevistas, reportajes, documentales, una biografía, libros, obras musicalizadas, poemarios, pero nunca nos conformaremos con la idea de que ya esté todo dicho, pues ella será siempre un mito a descifrar, una poetisa *sui generis*.

